

LÓPEZ OBRADOR: GANÓ TIEMPO EN LA DIFÍCIL LUCHA POR LA SOBERANÍA



11

ANALI
CELU

ENRIQUE A. DAZA. G

Centro de Estudios Latinoamericanos-Celu

En 1994, cuando entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o Nafta), existía el sentimiento generalizado en el movimiento social latinoamericano de que era un tratado leonino, desequilibrado y que condenaba a México a una relación de subordinación, con graves amenazas a su producción agraria e industrial. Esto efectivamente sucedió.

Este modelo de tratado se multiplicó posteriormente con varios países de América Central (CAFTA), y con Chile, Colombia y Perú, entre otras decenas de países. Estados Unidos pretendía asegurar mercados abiertos para sus mercancías y destinos para sus inversiones.

Nadie pensaba que esta situación pudiera empeorarse y, en virtud de estos tratados, Estados Unidos aumentó sus exportaciones y blindó a sus inversionistas, los cuales en caso de controversias con los países podían acudir a tribunales supranacionales de arbitramento que siempre han favorecido a las grandes empresas.

Sin embargo, con la llegada de Trump al gobierno, los tratados no fueron suficientes, especialmente con aquellos países con los cuales a pesar de ellos, Estados Unidos mantenía un déficit comercial por diferentes motivos, especialmente porque muchas empresas

estadounidenses se instalaron en esos países para aprovechar la mano de obra y los recursos baratos para proceder a producir allí y enviar sus mercancías a Estados Unidos.

Trump calificó el Nafta como el peor tratado firmado por su país y procedió a forzar una renegociación. Lo mismo hizo con Corea del Sur y en el caso de China declaró una guerra comercial. El nuevo tratado de América del Norte que está en proceso de ratificación, exigió nuevas concesiones en materia comercial, hizo más estrictas las normas de origen de tal modo que los insumos para producir fueran de origen estadounidense y no pudieran colarse insumos de terceros países. Además, consiguió nuevas protecciones en materia de propiedad intelectual y comercio electrónico para beneficiar a las compañías tecnológicas e industrias farmacéuticas.



En el caso de México esto no le bastó y procedió unos meses después a amenazar con aumentar inmediatamente en un 5% los aranceles, como primer paso que podría llegar hasta el 25% en caso de que México no aceptara tomar medidas para controlar el flujo de inmigrantes a través de la frontera, lo cual se constituyó en una bandera electoral para asegurar el apoyo a su reelección de los sectores afectados por la desindustrialización de vastas regiones de Estados Unidos, acusando a los inmigrantes del desempleo.

El gobierno mexicano de Andrés Manuel López Obrador, bajo esta presión, realizó una difícil negociación dado que las medidas comenzarían a implementarse el 11 de junio.

Como resultado, Estados Unidos aceptó no elevar los aranceles y México se comprometió a adoptar medidas para controlar el flujo de inmigrantes, desplazando 6000 efectivos de la Guardia Nacional a la frontera sur y aceptando dar asilo temporal a los inmigrantes que, buscando pasar la frontera, pidieran asilo en Estados Unidos, mientras se tramitaba la solicitud. Estados Unidos venía pidiendo que México se declarara tercer país seguro de tal forma que todos los inmigrantes hallaran en forma permanente asilo en ese país, cosa que no fue aceptada por México, acordándose una medida temporal y sujeta a revisiones.

El gobierno mexicano reiteró que la causa de la migración era el modelo neoliberal que había arruinado importantes regiones y que la solución implicaba la concreción de planes de

desarrollo que deberían abordarse colectivamente con los gobiernos de la región. Bajo la amenaza velada de que detendría la importación de productos agrícolas, como el maíz, que México importa el 99% de sus necesidades desde Estados Unidos y que proviene de zonas donde Trump ejerce una gran influencia, ambos gobiernos acordaron hacer seguimiento a las medidas acordadas durante 90 días, cuando se hará una revisión de los acuerdos.

Mientras, Trump anunció que México compraría masivamente productos agrícolas, el gobierno mexicano desmintió esto anunciando que una cosa eran las discusiones migratorias y otra las comerciales y que habría compras derivadas de la no aplicación de aranceles, lo cual podría interpretarse como que desistió de cambiar de fuente de aprovisionamiento de estos productos, posibilidad que había explorado ya con diversos países.





El tono y el manejo del gobierno mexicano fue mesurado y digno, logrando unir en contra de los aranceles a los más diversos sectores de la sociedad mexicana, incluyendo las comunidades originarias, los empresarios, las iglesias y los sindicatos que hicieron una gran movilización en Tijuana que expresó su indignación con la política estadounidense. López Obrador parece ser consciente de la necesidad de fortalecer su independencia y autonomía en medio de una compleja situación de debilidad del Estado, decaimiento productivo, auge de la corrupción y dependencia energética. Sin resolver estos problemas emplear un lenguaje

mesurado y digno para tratar la relación con Estados Unidos, le ha permitido por lo menos ganar tiempo, en una relación con un gobierno arrogante, arbitrario que pretende prolongar en medio de tropiezos y amenazas su amenazada hegemonía